

TEORÍA DE

LA VANGUARDIA

LOS SIGNOS Y LAS COSAS

METAPOLITICA

EN España sucede hoy algo peculiar. A diferencia de otros países en los que cabe hacer política, aquí lo que procede es algo previo, y a lo cual propongo llamar metapolítica. Veamos. Los especialistas en teoría de la comunicación humana entienden por «metacomunicación» el estudio de la comunicación acerca de la comunicación. Gregory Bateson, uno de los pioneros en esta clase de estudios, definió la metacomunicación como el conjunto de proposiciones referentes a la codificación y a la relación entre los comunicantes. La gran originalidad de Bateson consistió en alargar el campo de las paradojas, desde las llamadas paradojas lógicas y semánticas (suficientemente estudiadas por lógicos y matemáticos) hasta las llamadas paradojas pragmáticas. Bateson se interesó, así, por los fenómenos de comunicación que exceden a los aspectos puramente denotativos de los mensajes y entró en el estudio de las condiciones de producción y recepción de los mismos dentro de un contexto real que no hace abstracción de los intérpretes que emiten y reciben estos mensajes.

Pongamos algunos ejemplos. Tomemos, en primer lugar, el caso de alguien que le dice a otro: «sé espontáneo». Como es obvio este mandato implica dos mensajes contradictorios, ya que de un lado se trata de obedecer, y del otro se trata de desbloquear la acción. Una variación a este tipo de paradoja se produce cuando una persona le dice a otra: «tienes que amarme»; o bien: «debería gustarte jugar con los chicos, como a los otros padres». Otro ejemplo (que tomo de Reichenbach) lo constituye el caso de un capitán que ordena a uno de sus soldados que afeite «a todos los soldados de la compañía que no se afeitan a sí mismos, pero no a los otros». El soldado se encuentra prendido en una clásica paradoja pragmática, pues en estricta lógica, tal soldado barbero no existe; y si existe, para obedecer la orden tiene que desobedecerla. Otro ejemplo sería el de un hombre que tiene una pesadilla en sueños y trata de salir de la misma desde el propio sueño. Es evidente que sólo despertando podrá escapar a la pesadilla; pero es evidente también que despertar no forma parte del sueño, y de ahí el carácter paradójico de este sueño, y en general de cualquier sueño. Mencionemos, finalmente, el llamado «juego sin fin». Dos personas deciden entrar en un juego que consiste en sustituir la afirmación por la negación y viceversa. El pro-

blema se presenta a partir del momento en que estas personas tratan de volver a su modo «normal» de comunicarse. Pues, en tal caso, la expresión «dejemos de jugar» significa «continúen». Pero «continúen» sólo significa «dejar de jugar» en la medida en que se sigue en el juego. En suma; que no es posible interrumpir el juego desde el juego. Para interrumpirlo sería necesario conseguir comunicar sobre la misma comunicación, es decir, metacomunicar.

En psiquiatría, la paradoja pragmática da origen a la famosa teoría del «doble vínculo» («double bind»), teoría también establecida por Gregory Bateson con otros colaboradores. El esquema del doble vínculo es: 1) existe una relación intensa entre dos o varias personas y que concierne a algo importante; 2) se da un mensaje estructurado de tal forma que, de un lado se afirma algo, y de otro lado se afirma algo sobre esta afirmación; siendo ambas afirmaciones mutuamente excluyentes (de tal forma que si el mensaje es una instrucción será necesario desobedecer para obedecer); 3) por último se impide que el receptor del mensaje pueda salirse del marco establecido, ya sea metacomunicando, ya sea retrotrayéndose. Al soldado barbero del ejemplo antes citado no le es posible «metacomunicar» con su capitán (explicando el contradictorio de la orden recibida, comunicando sobre la misma comunicación recibida), pero tampoco puede rehuir la instrucción saliéndose del juego. Ambas cosas se las prohíbe el código militar. Pues bien; Bateson y sus colaboradores llegan a la conclusión de que quien se encuentra prendido en una situación de este tipo tendrá un comportamiento socialmente «demencial». Los «doble vínculos» no contienen sólo instrucciones contradictorias, sino verdaderas paradojas pragmáticas. Los «doble vínculos» son instrucciones que en cierto modo impiden la elección misma, y la «esquizofrenia» es el patrón de comunicación correspondiente a esta situación de doble vínculo.

Pasemos ahora a la política y apliquemos estas ideas al caso de España. A mi juicio, los discursos y manifestaciones de algunos de los hombres más significativos del Gobierno actual configuran una situación de paradoja pragmática y de «doble vínculo». Uno tiene la sensación de estar escuchando algo así como: «Señores,

en nombre del franquismo vamos a proponer unas reformas que el general Franco no hubiera propuesto; acatando la legalidad vigente, y al amparo de esta legalidad, vamos a cambiar de legalidad». Se comprende que ante un mensaje de esta índole, tanto los partidarios del sistema vigente como los de la oposición se sientan tanto perplejos. ¿Cómo en nombre de un determinado código se puede alterar este determinado código? De un lado, los partidarios de la legalidad establecida captan la contradicción de un proyecto de reforma, que en nombre de la legalidad establecida quiere modificar esencialmente los supuestos de esta legalidad. De otro lado, la oposición sólo puede ver en este mensaje una trampa y una demora, toda vez que desde un punto de vista estrictamente lógico, el mensaje encierra una evidente paradoja. La oposición tiene que conceder un margen de credibilidad a un gobierno que se ampara en un sistema que, por definición, no le merece a la oposición credibilidad alguna. Pero los partidarios más ortodoxos del sistema tampoco entienden cómo en nombre del mismo se pueda ir hacia un sistema «nuevo». Nos encontramos, pues, con una clásica paradoja pragmática; es decir, con la imposibilidad de un sistema de comunicación para generar un cambio de sus propias reglas.

¿Cómo salir de semejante «impasse»? De nuevo, y trasladándonos al modelo de la teoría de la comunicación, se desprende que sólo metacomunicando se puede salir del círculo de unas comunicaciones que se atienen a una determinada regla. Sólo metacomunicando se puede cambiar de regla. Pero la metacomunicación no es posible en la medida en que existe una situación de «doble vínculo». De ahí la necesidad de una terapéutica. De ahí, en fin, la pertinencia de sustituir la política por la metapolítica.

La metapolítica no se ocupa ya de discutir sobre problemas fiscales, internacionales, laborales, etc., como sucede en países que tienen unas reglas de juego y comunicación universalmente aceptadas; la metapolítica trata, ante todo, de salir de una situación de paradoja pragmática. La metapolítica ha de conseguir que unos y otros comuniquen sobre la comunicación misma, conseguir escapar al «doble vínculo» y alcanzar el acuerdo sobre las nuevas reglas del juego. No se trata de que la mayoría esté de acuerdo sobre una política. Se trata de que la mayoría esté de acuerdo sobre la manera de

no estar de acuerdo. Se trata de salir del dilema paradójico.

Suele decirse que existen hoy en el país dos lógicas políticas distintas, la lógica de la reforma y la lógica de la ruptura. Pero el hecho es que tanto los que hablan de reforma como los que hablan de ruptura, justifican su posición con un lenguaje relativamente común. Todo el mundo habla de pluralismo, democracia, antitotalitarismo y soberanía popular. Es evidente, pues, que si cuesta alcanzar el pacto es porque hay latente un profundo equivoco. El caso es que el Gobierno no conseguirá la suficiente credibilidad de cara a la oposición en tanto no acierte a salir de su propia paradoja pragmática.

Ahora bien; para salir de la paradoja pragmática y encontrar la vía del pacto metapolítico, el Gobierno no dispone de otro instrumento que del lenguaje político común y de su propia legalidad establecida. ¿Y cómo cambiar, desde el lenguaje político ordinario, y desde el juego político vigente, las reglas de este mismo juego? Este es el apasionante tema de la metapolítica. La metapolítica ha de conseguir proveer —metacomunicando— lo que ningún sistema es capaz de generar: un cambio de sus propias reglas. La metapolítica es ya una terapéutica. Salvado lo cual, conviene añadir que, de todos modos, la cosa tampoco es tan dramática. Al fin y al cabo la vida real está llena de paradojas pragmáticas, y casi siempre que dos personas discuten es porque no consiguen metacomunicar.

En resolución. El tema es largo y aquí sólo se trata de sugerir un marco general de referencia. En España el problema está en cómo conseguir la metacomunicación: localizar las paradojas y no asustarse. Se diría que, un poco por instinto, se está tratando de convertir a la figura del Rey en una especie de terapeuta que pueda facilitar la metacomunicación. Sea como fuere. Si se quiere realizar sin violencia, sin vacío de poder, el tránsito de un sistema político unidimensional a un sistema político pluralista, parece que no hay más remedio que olvidarse durante algún tiempo de la política para dedicarse más estrictamente a la metapolítica. Porque, en última instancia, si la metapolítica no está resuelta, la política se convierte en un juego vicioso —cuando no explosivo.

Salvador PANIKER

PARA LA HISTORIA DEL VINO (II)

ESTILOS Y NORMAS DE BEBER

FRANCESC Eiximenis era un moralista, naturalmente. Los densos mamotretos de su «Crestia» constituyen, en el fondo, una continuada y circunstanciada exposición de admoniciones y consejos encaminados a dirigir la conducta de la gente, puesta a la mira en la salvación de las almas. Entre el espesor casuístico de los argumentos se filtran, a menudo, noticias y observaciones de la realidad de su tiempo —el siglo XIV—, que salvan la obra de un olvido que, de otro modo, tendría bien merecido. Y será superfluo advertir que fray Eiximenis estaba en contra del vino. Exactamente en contra no. Al fin y al cabo, en aquella época, las ideas usuales respecto al metabolismo humano incluían al vino dentro del cupo de necesidades biológicas. «La vianda que hom menja va al ventre, e si hom no hi metia aigua o vi, la vianda se cremaria, així com la carn en l'olla si no hi ha brou», decía un coetáneo suyo, otro fraile, Vicent Ferrer. A veces, reconoce Eiximenis, «dirá lo metge que més val al cos lo vi que l'aigua». La prescripción facultativa, pues, jugaba a favor del consumo. Pero, de hecho, la bebida —y la «bebida» por antonomasia no era ni es precisamente la de agua ni de cualquier líquido no alcohólico— forma parte, en sus excesos, del pecado de la gula.

El secreto del asunto radicaba en eso: en los excesos. Más de una página he dedicado, aquí y en otras partes, a explicar mi sospecha —por lo demás, poco original— de que el catálogo de «pecados» sólo es un catálogo de «excesos». Los mismos profesionales de la Teología Moral lo confesaban, con explícita ingenuidad: el pecado es una «pasión desordenada». Me temo que toda «pasión», por ser «pasión», siempre es «desordenada». No importa. Lo que cuenta es el presunto «desorden». Los clérigos, en todo momento, han lanzado téticas amenazas contra los «desordenados»: contra el vicio, en particular, que es ya el «desorden» enraizado. Si uno se fija en la ceremonia conceptual, saca la conclusión de que, salvo excepciones históricas, los predicadores nunca han intentado convencer a la feligresía de que adopten la «virtud» como norma de vida: la «virtud heroica», quiero decir. Esta opción se deja para los santos. Una sociedad de crápulas se iría al traste en un abrir y cerrar de ojos; una sociedad de santos, también. Bueno es que haya santos, pero no demasiados. Si el modelo de san Simeón el Estilita hubiese prosperado —pongo un caso extremo— el desastre colectivo habría sido mayúsculo. Menos todavía: que el «estado de perfección» de los conventos hubiese tenido más éxito... Las Ordenes Mendicantes tenían como premisa que la mayoría de la población podía darles limosna. Son habas contadas.

Había que beber: «beber», de nuevo entre comillas. O sea:

beber vino. Sólo que morigeradamente. «Haver fama de amar vi, ni de massa beure, és a l'hom fort vengonyosa», señala Eiximenis. «Parlar així mateix massa sovint de vi, ne requerir-lo ab ardor, és a l'hom fort criminosa cosa», añade. Y no se escandalice nadie: el adjetivo «criminós», en el vocabulario de Eiximenis, no tenía el alcance semántico que le concederíamos hoy nosotros. En su precavida atención al «término medio», Eiximenis llega a olvidarse de los principios solemnes, y se pone como límite tolerable la embriaguez. O quizás era ése su concepto de la frontera pecaminosa. «L'hom, cant (cuando) se sent aital pasió d'embriaguea, e veu que la llengua li comença ja a cantar, llavors se deu separar dels altres, e recórrer a un dels remeis d'embriaguea...» Esto es como recomendar el alkaesetzer, por expresarlo de algún modo, que probablemente no será el correcto. Ya me hago entender, supongo. Francesc Eiximenis reprobaba la borrachera absoluta. Y hasta proponía «remais» para frenarla o paliarla. Pero no me negarán ustedes que ese rasgo —literario— de su pluma tiene gracia: cuando uno ve que su lengua ya empieza a cantar... Cualquiera que se haya ahumado en alguna ocasión —ahumado o alumbrado, y los sinónimos serían brillantes—. Bien sabe que la «lengua», su lengua, no «comença a cantar». O sí, pero como una lengua de estropajo...

Quede constancia de lo elegante del truco. Y sigamos. Eiximenis, hablando de vinos, como hablando de otras cosas, hace comparaciones. El fue un patriota colosal. Todo lo catalán le parecía superior a lo del resto de la humanidad entonces conocida, y, mientras vivió en Valencia, dentro de lo catalán, lo valenciano venía a ser la flor y nata. Era una forma de demagogia con precedentes, sin duda, y con una posteridad frondosa.

Su punto de partida era que «nació catalana vivia pus lloablement, unes cosas ab altres, que nació cristiana del món». Ahí queda eso. Y suerte que, intercalado, hallamos esa perla de «unes cosas ab altres». Pero se empeñó en asegurar que «catalans són los pus temprats homens en viure que sien al món». «Temprats»: atemperados, templados, prudentes. Y, entre las coordenadas de dicha templanza, tropezamos con el vino. Transcribo: «Car la nació catalana, en son menjar comú, e en sos convits, ha covinent vi, e de aquell pren covinentment, sens excés comunament; e els angleses e alemanys no en beuen comunament, ans beuen cervesa, e medó, e pomada, e altre abeuratge lluny de vi, e los franceses e llombards fan gran accés del vi...». El párrafo es deliciosamente sinuoso. Reléanlo. Ingleses y alemanes beben «abeuratges» que no tienen nada que ver con el vino, y es su error; los franceses y los lombardos, afectos al vino, se desmadran.

Para Eiximenis, existían «estilos nacionales» de beber. Y los puntualiza. Descarta, al hacerlo, los alcoholes que no derivan de la uva. La cerveza, de entrada. El «madó», que ignora lo que pudo ser: ni el Alcover-Moll lo registra. La «pomada», como su propio nombre indica, era la sidra, o algo parecido. Con el vino, en cambio, toma otro punto de vista: la cantidad ingerida.

Los franceses y los lombardos «fan gran accés de vi». «Apar que los catalans ho facen millor», anota. Hay que beber vino, pero según y cómo. He aquí su alegato: «Los franceses beuen sovint e poc; catalans beuen molt e tard; alemanys, molt e sovint». Probablemente, el dato es pura mentira; pero vale como creencia. Eiximenis subraya la eminencia —¿moralmente?— de lo que llama, nacionalísticamente, «lo beure català». Volvemos a la obsesión del moralista: nada de abusos. Ni pecar —ahora en el sentido figurado del verbo— por defecto ni por exceso.

El fantasma del «seny», tan cómodo para el «cofoisme» autóctono, arranca de muy antiguo. Y que no lo olvide nadie: el «seny» se nos presenta básicamente «antiguado».

«Lo beure català» consistía en aplacar la sed —sed de vino— no a sorbos deleitados y frecuentes, sino de un trago largo y espaciado. «Pus honest és beure tard, e cascuna vegada en bona quantitat», precisaba el fraile de Girona. Las comparaciones se imponían. La opinión de los franceses era que «la humenal natura crida vi, vi, vi!, per mar e per terra, per gran amor que li ha, major sens comparació que al pa, ne que a carn, ne a qualsevol vianda», consigna Eiximenis. Los franceses creen que «l'hom pot ésser desmenjat, mas jamás no pot ésser desbegut»: «calembour» genial que convendría analizar con calma, y no es éste el momento. ¿Los italianos? De ellos recoge Eiximenis una consigna jovial: «La carn fa carn, e lo pa fa pança, mas lo vi mena la dansa». Un hipotético especialista en paremiología tiene ahí un punto de partida. «La carn fa carn...» «l el vi fa sang». ¿No es lo que reza el folklore? Claramente, el folklore es anterior al descubrimiento clínico de la «presión arterial». El pobre tísico y espléndido poeta Joan Salvat-Papasseit tomó el tropo en alguno de sus poemas... Tenemos la manera de «beure» de los franceses y la de los italianos. ¿La de los catalanes? Otro día me entretendré con las glosas pertinentes. «Lo beure català...» Eso del nacionalismo tiene raíces profundas. Y con un vaso de vino en la mano, los ciudadanos de la Edad Media se sentían «diferentes». ¿Con razón, sin razón?

Joan FUSTER

CODITSA
EXPOSICION PERMANENTE DE CARAVANAS
CARRETERA DE MOLLET A SABADELL, KM. 4.300
SANTA PERPETUA DE MOGUDA BARCELONA

Sea socio del mayor club de tenis de España por sólo 700 ptas./mes... ¡y sin entrada!

- 33 pistas de tenis,
- 8 frontenis,
- 3 campos de balón-volea,
- 2 piscinas,
- campo de patanca,
- campo de fútbol-sala,
- parque infantil,
- masia-local social
- parking para 400 coches.

OPEN TENIS CLUB
Venga a visitarnos, en el propio Club: Autovía de Castelldefels, km.8,0 en Barcelona: Travesera de Gracia,15 - Tel.218 00 69.

COMERCIAL VASCO CATALANA DEL COMBUSTIBLE, S.A. **CV CC**
FRUSO DURAN HILL AUTO SEGRE Granollers T. 870.20.12 Vilafranca P. T. 892.01.75 Lérida T. 22.31.43 C.V.C.C. Vich T. 889.17.43 J. SOLA La Bisbal T. 640-894

C/ Badalona, 5 y 7 - T. 339.28.38-39 Distribuidor exclusivo para Cataluña del

ACONDICIONADOR
Airtemp CHRYSLER

LE OFRECE PARA ESTE VERANO BUENAS CONDICIONES PARA SU FRIO PARTICULAR